

Una gran compasión, la más triste de todas, la compasión del padre inteligente y activo por el hijo inhábil é irresoluto, se lee en la cara larga y fina del licenciado. Tiene un nuevo nieto, al que han puesto por nombre Miguel. El licenciado Juan de Cervantes hace con la lengua ese chasquido elocuentísimo que tan bien denota la contrariedad, se pasa por la oreja las barbas de la pluma y sigue escribiendo con su hermosa letra rectilínea de rasgos magistrales.

CAPÍTULO III

ALCALÁ DE HENARES.—VALLADOLID.—LOS PRIMEROS HÉROES

Tropezando y cayendo, á trancañ y barrancas, un día de vos y otro de vuesa merced, vivía la familia del cirujano Cervantes en Alcalá por el año 1550. El número de estudiantes crecía, la incomodidad y estrechez de hospedajes y posadas iban en aumento, y no porque fuese mayor la población escolar había más abundancia en la villa. Dígase claro que si Alcalá siguió gozando crédito en Europa entera por lo selecto de sus estudios, y si, sobre todos, el famoso colegio trilingüe de San Jerónimo, que en 1528 fundara el ilustre Rector Mateo Pascual Catalán, era oficina incansable y colmena laboriosa de la ciencia, y en él todos los días laborables pasábanse en ejercicios de traducción y composición en los tres idiomas, griego, latino y hebraico, y los sábados se sostenían conclusiones públicas ó *sabatinas*, que eran como las conferencias de ahora, tal refinamiento y sutilidad científica no atraían á los estudiantes poderosos de España. Los nobles, los largos de bolsa, los que no se podían mover sin la autoridad de una caterva de ayos, pajes y escuderos, preferían ir á Salamanca, donde ya desde siglos antes se hallaba todo apercibido para la huelga, y las Musas blandas y apacibles ofrecían sus brazos, más como seguidoras de Venus que de Apolo. Ved los libros de matrículas en Salamanca y tendréis una guía de los linajes famosos españoles. Allí fué donde se llegó á decir el refrán escolar *graecum est, non legitur*, con que los cuellierguidos estudiantes daban á entender que, desde la alfa á la omega, les estorbaba lo negro. A

singular honra tenía Alcalá el no conocerse en sus aulas tal frasecilla denigrante. Allí había dejado lo mejor de su alma el griego de Creta Demetrio Dukas, y si bajo las frondosas alamedas que conducen á la Virgen del Val caminais, recitando por gusto, que hoy parece y es pedantería, la despedida de Héctor y Andrómaca ó el convite de Alcinoos, rey de los Feacios, no creáis que aquellos venerables troncos seculares van á estremecerse de sorpresa.

Nunca la erudición y la riqueza fueron amigas, y así en Alcalá abundaba más el saber que los ducados. Estudiantes pardales, como se ha dicho, eran aquéllos. No resultaba caso poco visto, el de que los arrieros se retrasaran en el camino y los estudiantes hubiesen hambre y sed, ni el festivo Lope de Rueda inventó nada nuevo al pintar los apuros del licenciado Jáquima, cuando, metido en la fragancia del estudio, no acertaba á recibir á un señor de su pueblo, y de puro corrido, por no tener blanca ni bocado de pan para el convidado, escondíase bajo la manta, donde le descubrió su amigo y burlador el bachiller Brazuelos.

Con el no haber harina vino á juntarse la mohina que en Alcalá causó el destemple y rigurosidad del cardenal Martínez Silíceo, quien, prevalido del favor en que le tenía su regio discípulo el príncipe Don Felipe, y quizás aprovechando la ausencia de éste, que andaba con su padre el César Carlos V á las partes de Alemania, cambalacheando y aderezando con el elector de Sajonia y con otros pájaros gordos la magna cuestión del *interim*, prosiguió el pleito con la Universidad y vino á enfurecerse de modo que mandó poner presos al Rector Fuentenovilla y al abad y cancelario Luis de la Cadena. Resistióse éste y fué llevado al castillo de Almonacid con los canónigos Bernardino Alfonso y Alonso de Almenara, anciano y achacoso el último. Tan desatentado proceder encendió el ánimo de los estudiantes. Toda Alcalá era gritos de pendencia y rebeldía. Amotinados los pardales, acudieron á una sala baja del colegio mayor, en la que se conservaban, como gloriosos trofeos, las armas que el gran Fray Francisco Ximénez llevó á la conquista de Orán y un búzano, pequeña pieza de artillería cogida á los moros. Poco faltó para que la guerra civil estallase en la villa consagrada al estudio. Por fin, se aplacó la dis-

cordia, pero la intranquilidad y los malos pagos y la escasez subsistieron.

Para colmo de apuros, al pobre cirujano Cervantes le dió en aquel año su esposa Doña Leonor otro hijo varón que tuvo por nombre Rodrigo, á quien bautizó en Santa María la Mayor, á 23 de Junio de 1550 el bachiller Juan Garcia, sucesor del bachiller Serrano. Fué padrino del recién nacido el Doctor Gil Verte, ¿médico? ¿eclesiástico? ¡Quién sabe! De todos modos no es indicio de mayor prosperidad en los Cervantes el que Rodrigo tuviese padrino doctor, porque en Alcalá había más doctores que moscas y cuenta que de éstas hay adunia.

Hacíase allí la vida imposible y no más cómoda y fácil era en lo demás de España. La desaforada y constante agitación de Carlos V, los enormes gastos de tanta empresa diplomática y militar como llevó de frente y el desasosiego moral en que la nación vivía, temiendo á cada instante nuevas aventuras de difícil salida, esperando siempre dinero de las Indias que á muy pocos en particular aprovechaba, viendo sucederse levadas y aprestos belicosos y desaparecer de las casas los mozos útiles y no tornar ó volver á la bigarda con calzas y conciencia acuchilladas, hechos á la nómada vida del campar é inclinados á las artes de la picaresca, ponían á la nación recién soldada, ó mejor, zurcida, en estado de zozobra estéril y de inútil anhelo. No había ni siquiera ciudad que fuese capital de la monarquía; érrantes el Rey y el Príncipe, gobernado interinamente el país, un hombre medio de oficio, medio de profesión, como Rodrigo de Cervantes, vacilaba, sin saber á dónde encaminarse en busca del sustento. No había corte, hablando con propiedad, ni existían aún los cuantiosos intereses que en toda corte se forman y que dan de vivir al menestral y á los que profesan artes liberales. Repartida la nobleza, poco ó nada ligados entre sí los antiguos linajes, pues ni los Palafox y Lanuzas de Aragón ni los Moncadas y Cardonas de Cataluña sabían apenas de los Pérez de Guzmán ni de los Girones de Andalucía, y exhausta además la tierra, perseguidos los industrioses descendientes de los judíos y en perenne recelo de la Inquisición cuantos eran capaces de sembrar ideas fructíferas, se vivía mal en todas partes.

Rodrigo de Cervantes y su familia se trasladaron, pues, á Valladolid entre 1550 y 1554. La interinidad perpetua de aquel reino sin corte no podía durar mucho tiempo, y los valisoletanos tenían esperanzas grandes de que allí se estableciera la capital de la Monarquía. Funcionaba en Valladolid, con gran actividad, la Inquisición, deseando limpiar la ciudad de toda inmundicia judaica y luterana, para que pudiese residir tranquilo el monarca, ya que no se viera libre de las pestíferas emanaciones del *señor Esgueva*. Lo importante era entonces mundificar el alma, aunque el cuerpo se pudiese; y si se pudría, mejor, pues para la gloria más almas salieron de los cuerpos podridos que de los sanos y lucios. Había, como es consiguiente, en Valladolid calenturas pestilenciales de todas las especies conocidas, carbuncos y bubas á manteniendo, y la intervención del sangrador y sajador cirujano era á cada instante necesaria. Allí fué, pues, Rodrigo de Cervantes con el saco de sus bisturíes al cinto y el de sus desdichas y desengaños á la espalda.

Allí nació, hacia 1555, su sexta hija, Magdalena. Allí, de seguro, aprendió Miguel á leer y á tomar en la memoria los romances que, en pliegos de cordel, se ostentaban y vendían en la acera de San Francisco y junto á las tapias de la Antigua; y allí, escuchando la entonada habla de los tiesos ciudadanos y gallardos campesinos de Castilla, hidalgos en palabras y gestos entonces como ahora, se le pegó á la oreja el más sacudido y al par el más espeso castellano que se habla en el mundo, dicho sea sin ofensa de Burgos ni de Toledo.

Llegaba la feria de Medina del Campo, y cruzaban la ciudad marchantes y compradores de todos los lugares de España y de allende, por el camino francés; pero los que á Miguel embelesaban y seducían eran, sobre todo, los romancistas y oracioneros. El tropel de la vieja poesía épica de Castilla y el de los ciclos caballerescos del Norte y de Oriente le entraba en el alma y se apoderaba de ella, señoreándole el intelecto y aprisionándole la memoria. ¿Quién duda que á los ocho ó diez años soñaba el muchacho alcaláino con el rey Artús y con el emperador Carlomagno, con los Doce Pares de Francia y con los Caballeros de

la Tabla Redonda? ¿Quién creerá que su hermana Andrea no tuviese algún gozque ó faldero que llevara el nombre de Amadís, como tantos que suelen verse en estatuas sepulcrales echados á los pies de las hermosas dueñas en algún apartado monasterio? Desde niño fué Miguel inclinado á recoger hasta los papeles rotos de las calles; y ¿dónde hallar más papeles rotos de romance é historia que en las calles de la gran ciudad castellana? Presentóse muy luego á su mente el cerrado escuadrón de los héroes antiguos, y, por dicha suya y de la Humanidad, no eran aquellos tiempos muy distintos de los otros en que floreció la caballería. Aborrecido el emperador, cuando joven, por toda España, sus bizarrías homéricas fueron ganándole los ánimos. Aquí y allá iban saliendo nuevos paladines, tanto ó más hazañosos que los del Romancero, y nuevas Caballerías andantes llenaban el mundo con la gloria de España. Los caballeros de América, los de Italia, los de Flandes..... Hernán-Cortés, el duque de Alba, el Sr. Antonio de Leiva, D. García de Toledo, Pescara, Navarro, eran los Amadises y los Esplandianes, los Rolandos y los Cides de la nueva Era; y en Valladolid, antes que en sitio alguno, resonaban y repercutían todos los gritos de gloria con que se desayunaba, comía y cenaba á diario el hambriento pueblo español. Para que nada faltase al gran libro de Caballerías, el héroe César, antes de envejecer, se retiraba á Yuste, y en pos suyo seguía una estela de consejas y cuentecicos poéticos que agrandaban su figura al dejarla esfumarse en la penumbra del bosque, bajo el sayal fraileesco. Moría el emperador, y ocupaba el trono su enigmático hijo, á quien no habían querido los flamencos, á quien habían desechado los alemanes y á quien los ingleses no estimaron, tras haberle causado el desplacer de hacerle casar con la feísima reina María. Nuevas Iliadas se veían asomar por el Océano Atlántico, al saberse la enemistad de Felipe con la reina virgen Isabel I de la Gran Bretaña, y por el Mediterráneo, al sentirse cada vez más insoportable la osadía de los corsarios argelinos.

Pero Felipe II, el adusto discípulo del enjuto cardenal Guisardo, no era rey guerrero. A la exuberancia, entre homérica y ra-

belesiana, de la vida exterior de su padre el César, sucedió la hondura y la sutilidad de la vida interior de este hombre blanco y rubio, que no tenía cejas, por lo cual le ofendía y enfadaba la luz: de este hombre que amaba á todas las mujeres muy en secreto, gozándolas confesionalmente: de este hombre que aprendió los encantos del misterio en una edad en que todos vivían hacia afuera: de este hombre que vestía de terciopelo negro y sabía callar y poner igual semblante á lo favorable y á lo nefasto. Un día, sin avisar á nadie ni hacer más prevenciones que las necesarias, allá por el año 1561, los señores que custodiaban el sello real, los cortesanos y la servidumbre de Palacio salieron del Alcázar de Toledo, en cuyas cuadras anchurosas pateaban aún los caballos de Carlos V, y yendo á dormir á Illescas, llegaron á la siguiente jornada á un gran lugarón de veinticinco á treinta mil almas, que entre olivares mustios, encinares y madroñales resecos, mostraba su recinto amurallado.

La corte se había trasladado á Madrid, y aquel año ó el siguiente llegaron á Madrid los Cervantes.

Había en Madrid un estudio costeado por el cabildo ó concejo de la Villa: se enseñaba en él gramática latina y castellana, y estaba dividido en tres secciones, con arreglo á la edad de los alumnos. En la de mocitos ó medianos debió de entrar Miguel, entre 1561 y 1562. Acaso oyó las lecturas y explicaciones del licenciado Vallés, quien se retiró de la clase en Octubre de 1562, «por haberle atacado la lepra», según se dijo en el cabildo, si bien era costumbre dar ese terrible nombre, cuando de personas graves se trataba, á la molestísima y vulgar sarna perruna, de que pocos séres elegidos se veían libres entonces.

Para sustituir á Vallés fué elegido el licenciado Jerónimo ó Hierónimo Ramírez, discreto y elegante poeta latino, de cuya patria y vida sólo se conoce una versión recogida por el docto Jorge Cardoso, que, en su *Bibliotheca Lusitana*, le supone hijo de Evora. El licenciado Ramírez, ayudándose con la gramática del maestro Elio Antonio Nebrisenense y con el vocabulario de Maese Rodrigo Fernández de Santaella, imbuyó á Cervantes el conocimiento de los clásicos latinos. De ellos recordaba Miguel

no pocos versos y pasajes sueltos, aunque no con tan feliz memoria, siéndolo mucho la suya, que no achacase á Catón el dístico *Donec eris felix multos numerabis amicos*, etc., que es de Ovidio, en la sexta elegía del libro I de las *Tristes*, ni dejase de confundir á la ninfa Calipso de Homero con la Circe de Virgilio, ni se trascordara al citar el *Non bene pro toto libertas venditur auro*, que es de la fábula esópica *Canis et lupus*, y él atribuye á Horacio ó á quien lo dijo.

Probado y visto está, no obstante, que Miguel supo y entendió muy lindamente la lengua latina y si no compuso versos en ella, fué capaz de componerlos y aun quizás le indujera á ello el maestro Jerónimo Ramírez, á quien ya desde entonces le escarbaba en el magín cierto poema latino que publicó en 1592 con el título *De raptu innocentis Martyris Guardienseis*, donde en hexámetros pulquerrísimos cuenta la crucifixión del niño toledano Juanito por los infames judíos de la Guardia y de Dosbarrios Benito García de las Mesuras, Hernando de Rivera, Pedro y Juan Garci-Franco, Juan Gómez y otros que fueron quemados en Avila.

Por boca del licenciado Jerónimo Ramírez y envuelto en sus reposadas razones, apareció á Cervantes y le alumbró con extraña claridad el mundo clásico. Pronto le fueron conocidos y familiares la serena faz de Horacio, el bello semblante de Virgilio, atezado en la guerra y en el arate cavate, la contristada figura de Ovidio el enamorado. Cómo estos hombres y sus obras se mezclaron en el espíritu de Miguel, con los hombres y las obras de la heroica leyenda andantesca y del Romancero, y con los hombres y las obras que paría la realidad en su propio épico siglo, ¿quién podría puntualizarlo? Sólo se tiene por cierto que la humanidad amable de Horacio le hizo operación á la edad debida, porque es Horacio el poeta de los cuarentones: que las marrullerías amorosas y las plañidas tristezas de Ovidio le causaron menos efecto que los devaneos mitológicos de su *Metamorfosis*; por fin, júzgase como averiguado que quien se le quedó en el corazón reinando triunfal fué el mantuano Virgilio, cuyas huellas hondas, en el barro del camino que sube al Parnaso sirvieron de hor-

ma á las plantas de todos los grandes creadores del Renacimiento. Como Dante pudieron todos ellos exclamar:

Tu duca, tu signor e tu maestro

y Cervantes pasó la vida entera entre los dos grandes amores virgilianos, el campo y las armas, ya ensayando la silvestre avena como Títiro, *lentus in umbra*, ya cantando, *egressus silvis*, los combates del errante, piadoso paladín que á Eneas y aun á Aquiles aventajó.

La revelación que el clasicismo es para todo espíritu mozo, llovió sobre mojado en el alma de Miguel. A veces se pasaba horas y horas luchando con las aventuras y los lances del piadoso Eneas, y, rendido por la fatiga, tornaba los ojos amorosamente al querido Amadís de Gaula, al incomparable, al único y sólo despertador de la grandes energías españolas; y sin saber que Ignacio y que Teresa le habían devorado también cuando mozuelos, sentíase grande y capaz como Ignacio y Teresa juntos. Lejos huían las borrosas imágenes de los héroes latinos y griegos, y la romántica estampa del Doncel del Mar crecía gigantesca. En una lejanía confusa se ensoñaba la gloria.

Miguel tenía quince años.

CAPÍTULO IV

DE MADRID Á SEVILLA.—EL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA.
EL AMIGO MATEO

Triste y menesterosa era la vida madrileña por los años de 1561 á 1564. Los ensanches necesarios al establecerse la corte, se hacían sin orden ni concierto. No se derribaban del todo las murallas, sino que se apoyaba en ellas la balumba de los nuevos caserones, tan feos y mal perjeñados, que viejos parecían. Corriáanse únicamente, como huyendo la invasión del ladrillo y la teja, las antiguas puertas de la villá. La puerta del Sol se mudaba, camino de Alcalá adelante, y en su antiguo lugar abríase una plaza esquinuda y poco espaciosa. La puerta de Balnadú escapaba también camino de Fuencarral, y dejaba en su puesto la Red de San Luis. La puerta de Atocha bajaba desde Anton Martín al arroyo y olivar del Angel, en lo que después se llamó cerrillo de San Blas. Los campos circundantes de la villa, al llegar el invierno veían desaparecer primero las ramas, después los tocones de las encinas y del olivaje para proporcionar leña á los cortesanos en el fríísimo invierno de Madrid. Las alamedas, las olmedas, los acebales y pinares que, siguiendo el curso del río apretaban el recinto edificado, iban cayendo también para construir los nuevos palacios y casas vivideras. Como nadie creía que Madrid hubiera de ser en definitiva la corte, nadie hacía por procurar comodidades ni lujos en su residencia. La vacilación, propia del carácter de Felipe II, como de toda alma sutil, parecía comunicarse á cuanto le rodeaba, y sólo cuando fueron alzándose ingentes los murallones del Escorial, hubo la seguridad de que se había hecho algo duradero y macizo!